

N. Alcalá Zamora

Oradores y academias



ODA la ingerencia perturbadora de los poderes públicos en la vida interior de las Academias, suele estar movida por encono hacia el género literario, que abriga la discusión, y sirve con preferencia a la libertad. Para ello la bandera es con frecuencia la expulsión del arte oratorio fuera del campo de la literatura, aunque luego la influencia procure hallar otros títulos... o el mismo, para la entrada de los que pusieron su palabra, dócil o amordazada, al servicio de los poderosos.

La insistencia del argumento tendencioso ha encontrado un eco en la vanidad orgullosa de otras formas de vanidades, a la soberbia tan propensa, del arte literario; y como inferior desde luego, y aun del todo discutible, se ha juzgado el oratorio. Injusticia patente, tratándose de oratoria verdadera servida, aquella injusticia por una severidad sin ejemplo. Es precisamente el arte más difícil, al cual únicamente se le exige que forjando en la improvisación, cincele para la permanencia, y por el aplauso de un instante plasme perfeccio-

nes de antología. Los escritores desdeñan al orador, que ha de someterse a la prueba, para aquéllos evitada e inaccesible, de mostrar sus cuartillas orales impecables, sin tachón ni enmienda. Sólo el orador ha de dictar a la velocidad receptora del fonógrafo, o copista de la taquigrafía, sin permitirle que haga correcciones, ni tolerarle que cometa incorrección.

El discurso verdadero pone en juego y a prueba, todas las facultades. No le basta pedir a la inteligencia el centelleo del argumento; a la memoria la presteza en la aportación feliz de la copia que formó la lectura; a la conciencia el crédito y la garantía de una conducta; a la imaginación la exuberancia armoniosa y la sobriedad refinada del adorno. Pide además al pecho el aliento; a la garganta la vibración; al oído la pauta intuitiva y cambiante del ritmo y de la tónica; a la mirada el sondeo explorador de la actitud del auditorio; al corazón el impulso; a la sangre el calor; a los nervios la tensión y la descarga; a los músculos el vigor del ademán; al rostro el subrayado explicativo del gesto... Por eso, y cual ningún otro, es el trabajo integral humano, que deja íntima y visible la huella agotadora y sudorosa del esfuerzo.

* * *

Si en otros países y razas cupiese excluir la oratoria de la literatura, no sucedería tal cosa en los nuestros, sin mutilar zona amplia y espléndida, del arte de

la palabra. Pero aun en otros pueblos, los críticos más literarios, en sentido estricto, y más severos al combatir con razón las elecciones académicas de hombres políticos, han defendido con justicia la excepción de los que eran de verdad oradores. Que se discuta, o se expulse a algunos, será legítimo y aun razonable; pero la proscripción total, sistemática, es insostenible.

La Academia Española, siguiendo la tradición de la Francesa, llamó siempre a su seno a los oradores. Una y otra, aunque ambas aceptaron con lealtad y prontitud el régimen republicano, acentuaron para este género literario el trato de favor tradicional, según el cual para las derechas se abre benévolo y fácil el turno de precocidad, porque la filiación es garantía de prematura templanza, y para las izquierdas se reserva el de antigüedad, cuando ya la elección es inevitable, y la experiencia enfrió ímpetus peligrosos.

Explicase perfectamente el júbilo con que en España se consagrara a los oradores de la derecha, que era entusiasmo cuando éstos se inclinaban a la reacción. Esta, como el sistema defensivo de la época, estuvo representada en el siglo XVIII por un cuadrilátero glorioso, en cuyos cuatro vértices o plazas fuertes se destacaban Donoso Cortés, Aparisi Guijarro, Pidal y Mella. En cambio dentro del Polígono democrático faltan en el historial académico cimas gigantescas, muy señaladamente Pi y Margall y Salmerón, aunque al decir de académicos viejos, que repetían la disculpa de sus antecesores, la resistencia estuvo más en Don

Francisco y Don Nicolás para ser candidatos que en la incomprensión hostil de los electores adversos.

* * *

Incluso tuvo la Academia a veces el contraste de bruscas transiciones. Al morir González Bravo pareció bien la candidatura de Martos que era oposición absoluta, por ello compensadora. El primero, el de la reacción, era fogoso, fecundo desordenado, incorrecto; en el fondo un revolucionario marchando hacia atrás, y ayudando más que nadie para que cayese, a su Reina y Señora, Isabel II. El demócrata, y aun republicano, era por el contrario un espíritu ponderado, clásico, formado en esas reapariciones, ya que no renacimientos, de la cultura antigua; había unido la serenidad luminosa de Grecia con las sentencias lapidarias de Roma. Era ponderado hasta en los apóstrofes mortíferos, como aquel en que hundió a otro gran orador, a Rivero, impidiendo ante las imposiciones autoritarias de éste, que presidía la Asamblea Nacional el 11 de febrero de 1873, que se le eligiese presidente de la primera república; le bastó a Martos para inutilizarle expresar la extrañeza amargada de que apareciese la tiranía en el instante mismo en que acababa de eclipsarse la Corona. Fué Martos correcto hasta en los agravios más violentos y feroces. Insultado en el Parlamento, como no lo ha sido ningún presidente, comentó así: «me

dirigieron injurias tales, que no serían justas, ni aun aplicadas a quienes las proferían».

Por extraño que parezca dentro del ambiente parlamentario, y de nuestro temperamento la corrección serena y meditada, no ha sido insólita en la oratoria política española, y con frecuencia en la izquierda aun cuando en eso la cumbre fuera Martos superó en ello a Olózaga su predecesor, y aun a Canalejas su alumno y su émulo. Era su frase más escultural y tersa que lo fué en los oradores moderados. Era más diáfana aunque menos impresionante que en Maura; aunque este otro cuidara también su estilo, atendió sobre todo al acerado brío dialéctico, y al deseo del exornado efectismo.

Los oradores aludidos, y otros más, pudieran como los caballeros del Gran Capitán en los prólogos del Garellano, medirse con los de todos los parlamentos, extranjeros, aceptados en ellos por iguales, y enviados esde España por mejores.

* * *

Pero sin dejar aquéllos de ser españoles, la verdadera y típica escuela de oratoria española, con todas sus excelencias y todos sus peligros, se encuentra en otra zona y destaca otras cumbres.

La corriente poderosa de esa escuela vino de la orilla derecha y a ella volvió aun espléndida, después de haberse dilatado en el ensanche del lado izquierdo

formando un lago con anchurosa majestad de mar y belleza insuperable de orillas. Las tres etapas se simbolizan en tres nombres, que fueron también sucesivamente académicos: Donoso Cortés, Castelar y Vázquez de Mella. Une a los tres evidente cadena de influjos, tal vez no percibidos por ellos, y desde luego no confesados. La evolución se muestra en el auxilio del andamiaje histórico, en la amplitud de la construcción gramatical, y en los efectos utilizados.

Para Donoso la historia es una entraña fecunda, cuyos sobresaltos de gestación son ya dolores de alumbramiento, por el ansia de que el futuro renueve la tradición añorada, y por el espanto de que la destruya. Ante Castelar, más historiador y menos profeta, los tiempos son la más colosal decoración o fondo de una parada, que le permiten dirigir el desfile de instituciones que evolucionan y de siglos que galopan, hacia su condena o glorificación ideológica. En Mella la visión histórica, más accidental, es un argumento de dialéctica y un adorno del estilo.

El marqués de Valdegamas ha advertido, y utilizado la amplitud en proporciones arquitectónicas de las armonías musicales, de que es susceptible el párrafo castellano. Esas cualidades van a llegar a su máxima potencialidad maravillosa en el período castelariño; y ya peligrosa en el mismo, y sin duda en sus imitadores, percibe Mella la conveniencia constructiva y prosódica, que es casi exigencia respiratoria, de adentrar los límites del párrafo. Pero lo siente con el do-

lor y el titubeo de cercenar sus propias facultades, con la duda de si se empequeñece la magnitud insuperable del campo oratorio, se pierde la luminosa perspectiva de sus horizontes, se amortiguan lejanos rumores de su armonía.

Quizás la aportación, a la vez feliz y decadente, más original en Mella, fué la utilización de los efectos cómicos, que la vida, como ha comprendido siempre el arte inglés, coloca siempre al lado de la tragedia y de la catástrofe. Sus antecesores no lo hubiesen hecho, ni el iluminado ni el grandilocuente; babrían creído que dañaban a la visión o a la solemnidad. El otro aplicó un procedimiento que pudiéramos llamar de aterrizaje. Cuando había elevado la discusión por encima de las cumbres de la historia y de las nubes altísimas de las doctrinas, desde allí dejaba caer al adversario inferior o la tesis impugnada sin paracaídas ni advertencia, a fin de que se estrellara en el suelo de las cómicas realidades, entre el regocijo de enemigos... y aun amigos de la víctima, que en casos tales aun los últimos se tornan en los primeros. Esa comprensión del chiste, como recurso oratorio, tenía en Mella dos causas explicativas. La eficiente era una ascendencia, confinada entre lo astur y lo galaico, que le hacía, sin detrimento de su bondad inmensa, ladino, socarrón, cáustico, al fin celta y por ello humorista. La causa final estaba en que habiendo comprendido el riesgo mortal del estilo, a que propendía, o sea la caricatura fácil de la hinchazón recargada, parodia de la magnificencia

ampulosa, prefería hacer el seguro a costa del adversario a quien abrumaba el ingenio, después de haberle vencido la majestad.

Esas tres etapas de la escuela nacional y los otros nombres ilustres más originales en cuanto menos influidos por aquélla, forman el curso y las glorias del arte oratorio español.

Pau, Enero 1939.